

aparte, algo único para los que lo formábamos y para los que se sumaban a lo que hacíamos», explica Eloísa Bustillo retrotrayéndose a aquellos años. Y los participantes en aquella jornada que cambió la visión de la prehistoria en Asturias quedaron unidos hasta hoy «como una hermandad, con las discrepancias de las mejores familias», sonríe Ruperto Álvarez, mientras que a Eloísa le enorgullece que el de Tito, en concreto, sea el nombre con el que aquellos hechos van a perdurar en la Historia.

Los nombres permanecerán aunque las pinturas quizá no cumplan más milenios de los que llevan allí. Y todavía se cierne otra incógnita sobre el futuro del yaci-

miento: la falta de control en la retirada de piezas de arte mueble halladas en la caverna, como raederas, buriles, raspadores y otras piezas de los periodos Aziliense y Magdaleniense, creados entre 10.000 y 18.000 años atrás. Y no se trata de expolios de aficionados: «Vienen especialistas y se las llevan a tal o cual Universidad para hacer dataciones o pruebas, sin que se lleve un registro ni una documentación que certifique dónde van ni cuándo van a devolverse», denuncia Ruperto Álvarez. «Yo he preguntado mil veces y nunca se me ha dado respuesta. Es una vergüenza que en el Centro de Interpretación solo haya reproducciones, y que no se haga un

espacio para que los especialistas puedan trabajar».

Asegura además que los informes del profesor Fortea (véase el despice) «son demoledores y no extrañaría que desde los años noventa hayan ido a peor». El deterioro y la falta de control de lo hallado en la cueva que lleva el nombre de su amigo le hace temer que en pocos años «solo haya reproducciones de lo que tenemos ahora». Por ello plantea «una denuncia firme contra este expolio: nuestro patrimonio histórico no debería salir de aquí y si se lo llevan estamos dejando nuestros recursos culturales a un nivel de época colonial», resume. ■

VIAJE A LA CUEVA-MADRE DE TITO BUSTILLO

EL CAMARÍN DE LAS VULVAS: CÓDIGOS ROJO SANGRE PARA LA RECONEXIÓN DEL SER

La reconocida artista visual catalana Eulalia Valldosera (Vilafranca del Penedès, Barcelona, 1963) relata su experiencia del pasado mes de febrero en Tito Bustillo, donde visitó el Camarín de las Vulvas y grabó unas imágenes que probablemente le sirvan para hacer una obra mayor sobre la cueva.



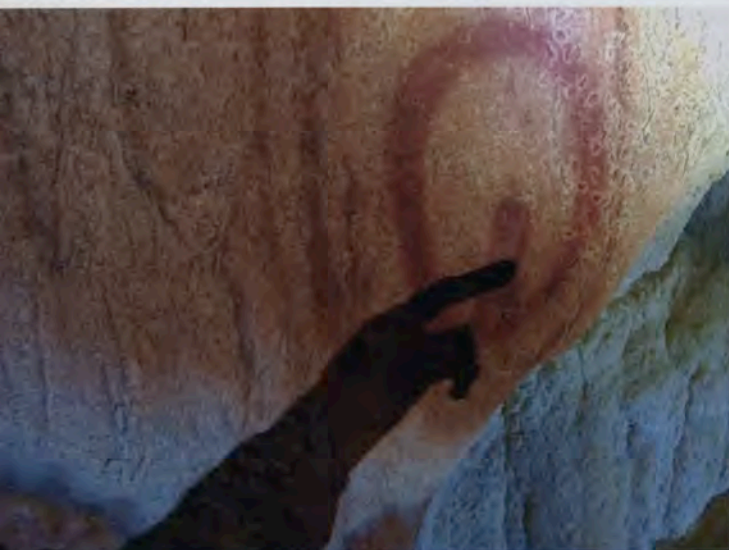
Eulalia Valldosera en comunicación con sus ancestras, en estado de trance mediúmnico.

«...roja es la sangre, blanca es la madre y negro azabache, pues ella controla el fuego, y con su dedo mancha su cuerpo mientras deletrea, suave, la canción de cada ave para determinar si germina el bebé y si sabe sabe bien me lo comeré, después se lo daré al padre si sé, o moriré de hambre...»

Texto y fotos **Eulalia Valldosera**
| *Artista y médium.*

¿Dónde nacen las imágenes?

Las imágenes nacieron siendo simples huellas de los actos rituales que los humanos destinamos a crear las llaves y códigos que nos abren las puertas a la eternidad que somos. Nacieron de la oscuridad reinante en los abrigos naturales donde los homínidos nos juntábamos para investigarnos, para imaginarnos. La falta de luz es el sustrato de la imagen, de la posibilidad de representarse. La imagen pensada y después ejecutada nos habilitaba para separarnos de lo demás, del otro, de los entornos de violencia causada por la supervivencia, y, sobre todo, nos daba el coraje para inscribirnos como centelleantes lámparas en la informe oscuridad que nos engullía de retorno hacia la nada. La cueva, ▶



La artista leyendo con sus manos los grafismos rojos que para ella representan la concepción cósmica.

«Entro en Tito Bustillo. El miedo se transforma en goce»

con su temperatura constante y cálida al cuerpo, es una madre que concibe la necesidad humana de proyectarse, de verse a uno mismo desde otra perspectiva. Es un abrigo, un espacio concluso donde el estrés baja y, por tanto, el tiempo se ralentiza y las imágenes pueden independizarse de la película vivida. En la caverna pudimos aislarnos y empezar el largo camino hacia la individuación, hacia la imaginación procreadora de lenguajes. En la cueva-madre buscamos la salida al desastre de la Vida.

Las cuevas paleolíticas fueron espacios de resistencia. Obligados a la forzada convivencia por ser simplemente humanos, aislados en la convivencia de no ser los amos de las inclemencias climáticas, de las fieras, de las almas enfermas fruto de las diásporas, nos escondíamos en ellas, cuevas y féminas, para desarrollar nuestras apetencias o soltar nuestros llantos e incompetencias. Guiados por las magas y magos, los miembros más desarrollados que hablaban con las piedras y sanaban con sus manos, descubrimos y establecimos algunos lugares propiciatorios para la disolución de nuestras desavenencias, para probarnos, para gestionarnos como especie humana.

Gestamos espacios conclusos y seguros destinados a los aprendizajes, al diálogo con los ancestros que convocábamos en pie de guerra, creamos espacios de libertad para curarnos, para las peticiones de clemencia por la misma supervivencia que estaba en juego mientras el hielo amenazara nuestra libertad de movimientos, la eterna búsqueda de alimento que promovía la competitividad o imponía lazos y deudas.

Las cuevas fueron gestoras de la solidaridad y en ellas entrábamos para vencer nuestro miedo ancestral a la oscuridad. Fueron los úteros de piedra de una humanidad que se alía con el fuego para crear la lámpara que propicia nuestro primer paseo por el misterio de una madre Tierra que exige normas de civilidad. Es allí donde se da el encuentro con la propia sombra, proyectada y mezclada con las fisuras, protuberancias y hendiduras de una carne dura que supura agua, donde besamos las comisuras de los labios internos de una maternidad devoradora de la propia especie. En sus oquedades el ser humano concibe la alteridad al ver al otro como su sombra y se compara en igualdad, así nace en nuestra conciencia el sentimiento de colectividad, de seguridad, de pertenencia a un lugar y al clan. Nuestra especie desarrolla entonces su primer chakra, el vórtice energético situado en la base de nuestra columna vertebral, el responsable de mantener nuestra raíz sana, nuestra co-dependencia con la madre, con la sangre, aquí tomamos consciencia de las consecuencias de nuestro instinto y comportamiento por la supervivencia que mata por un trozo de carne.

¿En qué momento de nuestra historia empezamos a escondernos para copular? ¿Cuándo nos percatamos de la existencia del sentimiento de vergüenza? ¿Cuándo nace la culpabilidad? ¿No será el arte una historia de la conciencia? ¿Qué ocurría, en realidad, en el interior de la cueva prehistórica, pletórica de señales para la posteridad?

El arte chamánico y la alteridad del espacio

Los espacios vividos son archivos mnemónicos, ya que los pensamientos y emociones, las acciones conscientes y los demonios, producen información que naturalmente queda anclada en el lugar donde se generaron. Esto lo saben los videntes, los magos, los hombres-medicina, los físicos que aplican los principios de la cuántica para entender que toda materia es una placenta que alimenta una sola conciencia. De errores y aciertos está hecha la memoria que se transforma, una vez pasó la experiencia, en vida increada, en vida aérea articulada en las membranas de la materia sólida, en la genética que nos marca. Somos fractales de un modo anterior de concebir nuestra existencia, y a partir de nuestras pasadas vivencias generamos creencias y dolencias que nos obligan y marcan a nuestra descendencia. Esos programas tienen vida propia y se almacenan en nuestra sangre, en nuestras viviendas, en las plazas, en los campos que vivieron batallas.

El material por excelencia del artista es esa argamasa hecha de memorias persistentes que, como cuencos que piden ser llenados, aparecen, siglo tras siglo, detrás de las imágenes que realizamos. Memorias ancladas en signos y trazas que dibujan, en nuestro

«En la cueva-madre buscamos la salida al desastre de la Vida»

inconsciente, el camino con o sin salida en el que nos encontramos actualmente: la sexta extinción masiva de especies del planeta, incluida la vida tal y como la conocemos ahora. Como hizo el chamán o el loco de la comunidad, los artistas investigamos, mediante la creación de actos, de imágenes, de marcas, de ritos y magias, la posibilidad de repetir o bien de desarticular y borrar aquellos lenguajes basados en signos que no son sanos. ¿Por qué no ir ahora en busca de aquellos tramos de información silenciados, informaciones válidas que en algún momento de nuestra historia fueron olvidadas, prohibidas o manipuladas? Con cierta urgencia, siento que llegó el momento de arriesgarnos a recuperar ciertos relatos que, en nuestro remoto pasado, nos procuraron un grado suficiente de sanidad mental. Toca rememorar ese despertar de la conciencia que nos permitió la existencia como humanos y nos dio el poder de transformar la carencia en abundancia al crear, en alianza con los elementos, determinados espacios psico-físicos propicios para sanarnos y sutilizarnos. ¿Cuándo y cómo se prendió la llama que nos hace humanos?

Soy artista y soy médium, practico ciertos mecanismos parecidos a la auto-hipnosis que me habilitan para la visión de cuerpos y lugares a distancia, para sentir y revivir la información pasada que permanece anclada en los campos morfogenéticos que creamos. Me dispongo a vivir una experiencia: mi arte será estar en presencia y entrar en comunicación con las vivencias de nuestros antepasados. Después vendrá el trabajo de traducir todo ello en un relato, quién sabe. Lo haré en el interior de una famosa caverna, con el objetivo de actualizar las memorias depositadas en su esencia, pues fue en ella donde mis ancestros y ancestras depositaron algo así como estrellas, o sea, ciertas partículas de luz que siguen despiertas esperando iluminar mi recipiente aural, mi ser sintiente, que espera ser afectado y transformado por su carga eléctrica... Algunas de estas memorias pedirán ser redimidas y otras brillarán y pedirán ser transmitidas, entrarán en mi semilla gracias a mi apertura de conciencia, al trance inducido que me llevará ante su presencia. Con la intención de rescatar sus luces, sus aprendizajes útiles, espero poder incorporar algunos a mi propia esencia mientras me encuentre en un estado alterado de consciencia. Quizás me ayuden a brillar y comprender la vida, quizás logre re-programar mi memoria particular y la de aquellos a los que sepa contagiar de esa porción de vida antigua: la iniciación que los humanos experimentamos durante un larguísimo tramo de nuestra existencia, cuando cultivábamos las cavernas para conectarnos de nuevo a nuestras placentas y asegurarnos así la continuidad de la vida... ¡algo habremos perdido por el camino puesto que no somos capaces de comprender aún lo que sucedía en esas cuevas del paleolítico!

El Camarín de las Vulvas, un portal a la concepción

Entro en Tito Bustillo. Entro en un vacío. Me dirijo hacia lo más remoto de este túnel excavado por aguas subterráneas que circulaban a presión limando sus nalgas. Me convierto en líquido y ausculto este templo y sus ecos abismales que me recuerdan que soy vacío por dentro y que mi sangre circula a raudales por mis conductos y cavidades. Linterna en mano, me voy retorciendo por el cordón que un día me unía a la madre. El lugar me acoge como un vientre deseoso de amarme. El miedo se transforma en goce. Me siento sostenida por esta garganta temida, húmeda y dolida por el desastre que crea aquél que olvida que lo más sagrado es la carne. Subo al rincón más secreto y veo las vulvas pintadas. Son círculos con una raya, son cúpulas, son cielos como relojes con una sola aguja marcando la hora.

«...rugíamos hasta despellejarnos para asegurarnos la manutención. En plena glaciación, no había comida, había pelea y desesperación. Poco a poco el velo empezó a rasgarse y, tomando algunos conciencia del desastre que suponía pelearse, sentimos la necesidad de escondernos, de reconciliarnos. Cediendo al presentimiento de sabernos iguales, buscamos aislarnos en el fondo de la cueva-madre para perdonarnos y realizarnos que la inocencia es la puerta que nos traía de vuelta al amor incondicional que había que volver a ganarnos.

Estás en una escuela, aquí veníamos las madres a percatarnos de nuestros poderes de enlace. Eramos nosotras las que aglutinábamos al pelotón. Nos manteníamos vivas gracias al cordón, a la sabiduría que nos llegaba de nuestra condición de madres, dadoras de vida y nutrición. Amamantándonos entre nosotras, aprendíamos a hacer el acto sexual con amor, desvinculado de ▶



*el poder de la leche me pellizca el vientre y enraiza en mis labios y frente
es la serpiente blanca y silente, es la más valiente*

Nota de campo
de conexión con la
serpiente, el principio
fecundo intraterreno
para Valldosera.

la necesidad de filiación. El acto de enamorarnos no se comprendía en nuestra civilización, mas se contenía en el círculo de protección.

La más vieja instruía a las niñas sobre las maneras de autofecundarse. Las púberes accedían a despojarse del himen durante los rituales. Se les permitía bailar para activar su libido y así iniciar el rito de hacerlas sangrar dando un grito. Se las agraciaba con víveres y se les rompía los hímenes para dejar de ser vírgenes, se las embadurnaba con líquenes y se las untaba de rojos minerales para que les bajara la sangre. Se hacían ofrendas al himen para que rasgarlo fuera indoloro al máximo, luego se las daba al macho mejor para que las desvistiera sin que sufrieran temor. En las horas de vigilia pedíamos a las niñas visitación, mugían y figuraban estar encintas.

Mira estas paredes, son suaves, son las caderas de la hembra ovulándose. Sangrar era un signo de involución, había que preñarse de manera constante para asegurarnos la continuidad de la vida. Aquí dimos un paso evolutivo, aquí unimos nuestra pelvis con el ritmo de la sangre y con el jugo divino del gran amante. Unimos el sexo con el amor de madre, hicimos el enlace.

El chacra segundo fue el siguiente en el paso evolutivo, se encuentra encima del chacra base, en la zona pélvica, y representa el recrearse, regula la sexualidad, la potencialidad de amarse. Nosotras elevamos la conciencia hasta esta segunda fase, despertando nuestra capacidad de amar lo que se nos venía por delante.

Perdíamos muchos niños, había necesidad de abrazarse. Aprendimos a ser las portadoras del desastre. Entendimos que cuando morían era porque había una desconexión entre el bebé y la madre. Solíamos despedirlos, y así conocimos el camino de vuelta al lugar donde se concebían, el centro de la más grande conmoción del Padre.

Instruíamos a las parteras a reconectarse, uniendo el rayo del origen con su útero henchido de diamantes. Así establecimos el primer signo de lo femenino divino, aprendiendo a amar el hecho de embarazarse, comprendiendo que el poder de fertilizarse dependía de nuestra conexión con el cosmos Madre. Supimos que su útero marino contenía el Uno, reflejo del rayo de donde venimos. De allí provenían los seres que amanecían en nuestros sinos y que luego paríamos y seleccionábamos para ser entregados al macho.

En el tránsito de bajar a la vida, cuando el bebé nacía, el cordón de unión con el lugar de donde procedía se partía momentáneamente. Había un escalón y repentinamente el bebé caía, sufría una terrible conmoción... llegaba aquí de día... durante el paso de la vida estelar a su manifestación material o encarnación había un momento de amnesia. Para devolverle la sabiduría y restaurarle de tal pérdida, se hacía el trabajo de reconexión: se pedía a la Madre cósmica que devolviera su luz al bebé que salía en convolución. Ssssssse convocaba a la maestra –la serpiente sesea–, he aquí su pizarra, los pictogramas de las vulvas significan el ciclo de la vida y su circular repetición. Así se restablecía el cordón, en ritual de oración.

—¿Deseáis transmitir algún mensaje las mujeres de hoy?

—Es importantísimo devolver el vínculo al ser. El vínculo con lo superior que está en lo inferior. Hablad con vuestros jugos, con las aguas de la inclusión, las que reciben al esperma. La mayoría tenéis una oclusión, pocas podéis recibir la nueva información que está lista para la evolución. Hay un salto de Era, recibela en tu parte íntima, recibe la apertura a esa condición nueva que debe darse a nivel de la materia. Visualiza tu triángulo uterino, atrae hacia su interior la serpiente de luz que te llega a través del cordón que te une a la materia, y ordénala según un patrón que admita la información que llega a través de éste. Se os esta pidiendo una nueva actuación en la tierra por la extinción que llega...».

Se hace un silencio de agradecimiento. ¡Me siento acunada, me mezo, me meo! Y se ríen de mi cuerpo enclenque y me susurran que mi fortaleza no está en mis posaderas, que las mujeres contemporáneas tenemos otro tipo de fortaleza debido a la entereza que implica atravesar un arduo viaje a través de siglos de forzado patriarcado. Que ya somos muchas y muchos que retomamos el camino de la feminización para equilibrar ambos lados del ser, para darnos cuenta de que la tierra hace el amor con el cosmos entero que se la lleva de paseo hacia una nueva Era. ■